

Novelas de la memoria

Salgamos de una vez por todas de la manía de las clasificaciones y las generalizaciones. No somos el país de un género literario ni del otro. Es un hecho, sin embargo, que abundan entre nosotros los libros de memorias de carácter novelesco. **Recuerdos del pasado**, uno de nuestros grandes clásicos del siglo XIX, obra de Vicente Pérez Rosales, es un libro lleno de aventuras, de peripecias, de sorpresas. Es una notable novela autobiográfica escrita en un momento en que no parecíamos capaces de producir novelas, en que nuestra vocación se orientaba, al menos en apariencia, al manoseo histórico, al relato minucioso de batallas, de intrigas políticas, de cambios de gobierno y de ministerios. **Blas Gana** se acercó un poco más al terreno de la ficción pura, pero es otro gran escritor de la memoria. **Engranajados** son historias vividas en el París de sus años de diplomático y en los de su retiro, los de su exilio voluntario. Son episodios de chilenos arribistas, curios, provincianos, en el París de fines de siglo. ¡Cuántos casos habrá conocido Blas Gana desde muy cerca, cuantas tragedias y tragicomédias! **El loco Estero**, publicado en París en 1909 y dedicado a don Federico Santa María, magnate chileno emigrado en la Bolsa francesa, es la evocación de un episodio del Chile de 1839 y tiene como telón de fondo el regreso triunfal y el desfile por la Alameda de las tropas del general Manuel Bulnes, que acababan de vencer en Yungay a la Confederación Perú-Boliviana. En la portada interior, la novela lleva un subtítulo: "Recuerdos de la niñez". Es un subtítulo que hay que tener muy en cuenta. Don Alberto, en su retiro de París, tenía 79 años y escribía sobre sucesos que había visto de niño en un caserón y una quinta de la Alameda, frente a lo que hoy es la plaza Vicuña Mackenna y al lado del cerro Santa Lúcia, que entonces todavía era un conjunto de peñascos sin ninguna forma de urbanización.

Estas maneras de escribir continuaron entre nosotros a todo lo largo de nuestro siglo recién pasado. González Vera fue un narrador memorialista, y Fernando Santiván y Joaquín Edwards Bello, José Donoso, a su modo, con un peso continuo entre lo que acostumbramos a llamar la realidad y algo que podríamos definir como memoria profunda, entró, se mantuvo en la misma línea central. Él era un admirador de Marcel Proust, el gran novelista autobiográfico del siglo XX, y exploraba todas las posibilidades del género. Antes de escribir recordaba los lugares y estudiaba los temas, como los narradores antiguos. Alguien me contó en Concepción que lo había acompañado a visitar tugueros de mala muerte en Lota, escenarios que después le sirvieron para escribir su novela póstuma, **El Mocho**. Esa misma persona me hizo un comentario curioso, revelador. En aquellas correrías por los bajos fondos de Lota, Pepe se volvió a encontrar, sin habérselo propuesto, con el ambiente de una novela suya muy anterior —para muchos la mejor, la más lograda de sus novelas—. **El lugar sin límites**. Son los vasos comunicantes, las correspondencias que le dan sentido a una obra. Operan en el interior del trabajo de un creador y a la vez en la historia literaria, entre los textos de un autor y de una época y los de la siguiente.

Las últimas memorias literarias del siglo recién pasado son las de Nícolod Teitelboim, un hombre de las generaciones mayores, y las de Rafael Gumucio, un profesor y periodista de la nueva ola. Teitelboim escribe largo, sin excesiva prisa, pero sin pausa ninguna. Tengo sus dos primeros tomos al alcance de la mano y me propongo hincarle el diente uno de estos días. El libro del joven Gumucio, **Memorias prematuras**, es más breve y deja generosos espacios en blanco. Me gustan los libros que no son avaros en su diagramación, que dejan blancos en los márgenes y entre un capítulo y otro. Gumucio, además, es sintético y desenfadado en los títulos, cosa que no me parece mal. Uno de sus capítulos, el que se



Escribe Jorge Edwards

sitúa, por alguna razón misteriosa, después de "Lagunas metales", se llama "Culo". Es una típica historia de crueldad escolar, de desafíos absurdos, de timideces y bloqueos emotivos. El estilo de frases breves, con alguna pincelada de color, con elementos de ironía y de un humor entre disipado e ingenuo, me recuerda por momentos al de **Vidas mínimas** y **Cuando era muchacho**. Rafael Gumucio escribe como un González Vera más actual, más desenfadado, aunque igual de tímido y de pódico en su fuero interno. Su visión también es marginal, intensa, un tanto distorsionada, vocarona, medio turbia y medio tierna, para citar versos ya bastante antiguos. Debo

decir, de pasada, sin ánimo de dármeles de crítico o de crítico, que algunos descuidos le hacen bastante daño. Una de las virtudes que debe tratar de mantener una escritura de la memoria es la fidelidad, la precisión, el respeto por los detalles. Así me lo dijo una vez Guillermo Cabeza Infante en una carta excepcional y que todavía conservo en algún lado. Guillermo me elogiaba en ese aspecto, señalaba cinco o seis errores en un libro de más de cuatrocientas páginas. En el capítulo llamado "Culo" me encuentro con dos errores gruesos en una sola página. Se habla de la plaza de Vogue, y no de Vogue o de los Vogue, donde tuvo una de sus residencias, en efecto, en una de las esquinas, Víctor Hugo. Después se habla del barrio de madame de Sevigné en lugar de Sevigné, barrio que sólo es una calle y un edificio que ahora sirve de museo de la ciudad. Pero escribir mal el apellido de una escritora tan ilustre y tan clásica me parece quizás peor. El joven Gumucio debió recurrir a algunas personas de su familia, más expertas que él y que yo mismo en materia de toponimia francesa, para que le corrigieran las pruebas.

En cualquier caso, estas "Memorias prematuras", tan bien colocadas en la corriente del memorialismo chileno, son el trabajo de un escritor. El narrador lo duda a cada rato, se propone ser escritor a toda costa y parece que sale como un condenado. Son los sufrimientos propios de toda vocación literaria. Nunca he sido demasiado aficionado a los talleres literarios, siempre he mirado con cierta distancia, con reservas, el profesionalismo completo en la literatura, y siempre he pensado que en lugar de alentar las vocaciones conviene disuadirlas. ¿Por qué?

Porque un mundo plagado de escritores, sin lectores, sin personas que se dediquen a otras cosas, sin amables boticarios, sin obreros de la construcción, sin peluqueros sonrientes y enfermeras abnegadas, lleno de poetisas, sería un lugar horrible, una forma refinada y perversa de infierno. Los verdaderos escritores son los que perseveran a través de las mayores dificultades, de las resistencias ajenas, de la más atroz inseguridad, y a pesar de todo y contra todo escriben. A juzgar por algunos momentos de las memorias de Gumucio, él podría pertenecer, para su desgracia, a esta especie humana. Le doy mi bienvenida, pero no distingo mi inquietud. Gumucio escribe con buen ritmo, con sobriedad, con pocos errores de gusto y con momentos de verdadera eficacia narrativa. Me da la impresión, al menos en una primera lectura, de que no tiene un excesivo respeto por la lengua castellana, la que le ha tocado usar, y de que la lengua podría tomarse algunas revanchas en contra suya. En estos asuntos, el desdén juvenil suele pagarse caro. Pero cada escritor tiene que hacer su propio aprendizaje y cometer sus propios errores. No hay consejo que no descamine y desorienta, como solía decir don Antonio Machado, uno de sus herenímicos.

En el capítulo final del libro, cuyo título es "La Santísima Trinidad", hace su aparición Dios en calidad de personaje y conviense con el narrador. El narrador camina por los pargatorios del centro de Santiago, por la Plaza Italia y por la esquina de la Alameda con la calle Carmen. Cualquier lugar de este mundo, por feo y sordido que sea, puede servir, por lo visto, para conversar con Dios. El narrador, hombre de letras sin remisión posible, con escasa esperanza de salvación, cree en Dios como cree en Tobías o en César Vallejo. Dialoga con Dios y termina por encontrarse con el Espíritu Santo, entrelaza acerca de la cual había expresado antes algunas dudas. "Como yo", dice, y no se sabe muy bien por qué, "hay un preso rematado, hay un humorista resfriado, hay una legión de ancianos que pierden sus cantoras debajo de la cama y que rezan sin esperar nada. Es el mundo entero abierto y sangrante". Un poco más y podría colocarlo en verso. Yo prefiero que se mantenga en el poco menos, en el román paladino, en la lengua que usa cada persona para hablar con su vecino. Es uno de los misterios de la escritura, uno de los equilibrios difíciles de conseguir y que no todo consigue. ¿Por suerte?



Novelas de la memoria [artículo] Jorge Edwards

Libros y documentos

AUTORÍA

Edwards, Jorge, 1931-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Novelas de la memoria [artículo] Jorge Edwards. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile